

N O T A S

Pease G. Y., Franklin: *El dios creador andino*. Mosca Azul Editores. Lima, 1973.

A la escasísima bibliografía científica sobre la cultura religiosa de la antigua sociedad andina, viene a sumarse otro trabajo sustancial, *El dios creador andino*, cuyo autor es Franklin Pease García Yrigoyen, director del Museo Nacional de Historia, profesor en la Universidad Católica de Lima, pero, sobre todo, etnohistoriador.

No es el primer ensayo que escribe sobre esta problemática, sino uno más en su ya fructuosa producción investigatoria, donde volvemos a observar cómo el tema religioso es tomado por Franklin Pease como pórtico de penetración al estudio de las estructuras sociales andinas. Por medio de la cosmovisión nativa, quiere y logra descubrir la organización del pueblo andino prehispánico e incluso bajo la dominación colonial de España. He ahí por qué ha elegido ahora al Apo Con Ticse Huiracocha Pachayachachi, el dios creador del viejo Perú, para a través de él llegar al tema nuclear de la cultura andina, ya que, según sostiene, en torno a esta divinidad giraron indesligablemente las formas sociales y políticas del Tahuantinsuyu. Hecho que forzosamente lo conduce a realizar un examen claro y ordenado de los cambios que ha experimentado el mito de Huiracocha desde el siglo XIV al XX; primero como el dios creador, omnipotente y omnipresente de los tiempos preincas, luego su solarización durante el incario para terminar con el Incarrí actual, que encierra ya un profundo trasfondo mesiánico. Son cambios que se deben a los trastornos políticos y sociales ocurridos en diferentes épocas, en las que los chamanes y las minorías dirigentes lo han reinterpretado y/o reelaborado para dar solidez a sus nuevas estructuras económicas, sociales y políticas para el control de masas.

Los resultados laudables a los que arriba Franklin Pease se deben a sus hábil manejo de las crónicas quinientistas y seiscientistas, y de las fuentes lingüísticas, etnológicas y arqueológicas, a la par que a su pericia antropológica, sin los cuales, en realidad, ahora es ya imposible comprender ni hacer la etnohistoria de la cultura antigua de los Andes. He aquí la razón del por qué forzosamente tiene que utilizar como guías permanentes las obras de Juan Díez de Betanzos (1551), Pedro Cieza de

León (1554), Pedro Sarmiento de Gamboa (1572) y Cristóbal de Molina el Cuzqueño (1575), quienes no solamente dejaron informaciones más o menos amplias sino también incontaminadas de elementos culturales europeos, influjo del que no escaparon, paradójicamente, ni el Inca Garcilaso (1609), ni el Pachacútec Yamqui Salcamayhua (1613) ni Guamán Poma de Ayala (1615).

Así es como Pease aclara varios aspectos sobre los poderes sobrenaturales y las relaciones del hombre con los dioses. Pero en tal forma que no lo hace repitiendo literalmente las trilladas y archiconocidas versiones añejas, que invariablemente encontramos en los textos que continuamente salen a la venta. Así por ejemplo, son muy importantes los argumentos documentales y lingüísticos que manipula para rebatir a John H. Rowe, quien afirma que Huiracocha es un dios muy moderno, que se originó en el Cuzco a mediados del siglo XV. Para Franklin Pease es un dios muy antiguo. Y así lo es en efecto de conformidad a las fuentes arqueológicas. Otro aporte nuevo es el referente al prestigio sacralizado y categorizado de los cuatro Suyos con repercusiones en la división dual de anan y de urin. Asimismo sus explicaciones sobre las cuatro edades cíclicas por las que pasó la humanidad andina son valiosas y frescas.

Sus apreciaciones sobre Incarrí y los movimientos mesiánicos, acerca de los cuales ya se viene hablando desde 1956 en que José María Arguedas trató de ellos en un trabajo referente a la cultura de los ayllus de Puquio, también son notables, porque proporcionan nuevas evidencias gracias a un examen más exhaustivo de las informaciones de Cristóbal de Albornoz (1565-1584), publicadas por Luis Millones Santa Gadea (1971). Pease aclara, y este es otro de sus últimos aportes, que el mito de Incarrí surgió en la década de 1560, la fecha del Taquioncoy, conclusión a la que nosotros también hemos llegado independientemente utilizando fuentes distintas. Otra clarificación es que el Taquioncoy no tiene nada que ver con el renacimiento del inca ni del incario, sino más bien con el de las culturas regionales y populares.

Los etnohistoriadores y los antropólogos mucho elogian al Taquioncoy y a cualquier otro movimiento nativista o mesiánico de los pueblos oprimidos. Pero no hay que olvidar que hasta hoy nadie se ha preguntado si esa conmoción representa un avance o un retroceso en el proceso histórico del Perú. No hay que soslayar que los levantamientos mesiánicos, como su nombre lo señala, persiguen el retorno al pasado, por creerlo mejor que el presente y el futuro. Y esto, dialécticamente, es inaceptable. No son pues cambios revolucionarios, sino retrocesos reaccionarios.

Por lo tanto, no hay que entusiasmarse demasiado con el Taquioncoy ni con otros pronunciamientos similares de los años posteriores.

Sin embargo, hay actualmente personajes que sin turbación alguna se hacen autopropaganda utilizando a Incarrí; por ejemplo, y esto no debemos ignorar, Fernando Belaúnde Terry se sentía Incarrí en cierta época. Así le escuchamos alguna vez en Huancayo; pero lo cierto es que nadie desconoce el fin que tuvo su gestión gubernamental. El Taquioncoy, ade-

más, es un baile agotador que siguen ejecutando para conseguir salud los ancianos atacados de enfermedades síquicas en determinadas aldeas huancas de la Sierra Central.

De todas maneras en este libro de Franklin Pease muy bien meditado y escrito, quedan otras lagunas e hipótesis por resolver y/o dilucidar. Como por ejemplo, esa de que si Huiracocha es o no superior a la divinidad solar. O aquella otra de que el dios creador sólo recorrió el territorio del Perú hasta Huarochiri a partir del Titicaca; afirmación discutible por cuanto hay versiones respetables de los siglos XV y XVII que aseveran haber llegado hasta Quito y Quixos. Falta asimismo un examen comparativo con otras deidades andinas: Con, Catequil, Pariacaca, Huallallo, Carguancho, etc. Pero no dudamos que Franklin Pease lo hará.

También notamos cierta ausencia de exégesis y de interpretación en lo tocante al mito de los Pururaucas. Pease se concreta a exponer que las piedras se convirtieron en hombres, y nada más. Sin embargo, allí podemos percibir que en la creación del mito de los Pururaucas se ocultan a los refuerzos militares llegados tardía e inesperadamente de los curazgos vecinos en defensa del Cuzco en la ofensiva antichanca, porque la lucha a favor del Cuzco significaba la protección de todas las etnias que la rodeaban.

Seguramente, los inconvenientes con que topamos para poder calar el trasfondo de los hechos se debe a que los autores de los siglos XVI y XVII, cuyas fuentes siguen siendo las únicas para conocer el pasado, acopiaron datos para destruir la religión andina y no para estudiarla. De todos modos, son fuentes que sin ellas ahora no sabríamos nada. Pero tenemos esperanzas de que en cualquier momento se puedan encontrar las extraordinarias informaciones que en las centurias citadas se hicieron acerca de Tunapa y de Huiracocha, sobre las cuales habla repetidamente el cronista Alonso Ramos Gavilán. Pero no debemos pasar por alto de que será difícil arribar a un conocimiento total de la cultura religiosa andina, debido a que la mayoría de sus mitos cosmogónicos y antropogónicos no fueron recopilados a tiempo, no obstante de ser uno de los temas que más ha preocupado desde el mismo siglo XVI.

El autor de *El dios creador andino* pertenece a un grupo de estudiosos que, desde hace un buen número de años, se dedican a desentrañar con técnicas y métodos científicos la historia de la cultura antigua de los Andes. Pertenece, pues, al grupo de María Rostworowski de Diez Canseco, Emilio Choy, Edmundo Guillén, Luis Millones, Medardo Purizaga y otros más, cuyos éxitos se deben precisamente a que saben combinar inteligentemente las fuentes arqueológicas, etnológicas, lingüísticas y documentales existentes, todas ellas enfocadas desde el punto de vista de la antropología social, sin la cual, evidentemente, ya no es posible ahora descubrir los trasfondos económicos, políticos, sociales, etc., de la cultura andina. He ahí por qué este elenco de investigadores escapan a las formas tradicionales de la mera narración y descripción que, por muy bellas que sean, en el fondo no dicen nada. Justo, a aquello lla-

mamos etnohistoria en el Perú, cuyas técnicas y métodos introducidos por Luis E. Valcárcel y José Matos Mar, ahora se tratan de implantar en países donde las fuentes y los grupos étnicos así lo permiten. Es un ejemplo que ningún estudioso de la cultura antigua del Perú debe marginar, para no caer en la versión fofa, incompleta, tergiversada y espectacular. Ellos son autores que siempre ofrecen evidencias nuevas y espectantes, aparte de contribuir con novedosas interpretaciones que cada vez se aproximan más a la verdad, aunque, como es lógico, desde diversos ángulos de acuerdo a sus ideologías políticas y tendencias religiosas. La influencia de Jensen y fundamentalmente de Mircea Eliade, por ejemplo, es innegable en el pensamiento y en la obra de *El dios creador andino*.

Si el éxito y el prestigio de un trabajo de investigación se mide, no por los comentarios y elogios periodísticos y revisteriles, sino por las citas y referencias que de él hagan otros científicos, estamos seguros que *El dios creador andino* correrá tal suerte, porque este libro, que presenta Franklin Pease como a una autoridad en religión antigua del Perú sólo es equiparable al Wiracocha de Julio C. Tello (1923) y al Coricancha de Lehmann Nitsche (1929).

Waldemar Espinoza Soriano

Wachtel Nathan: *Sociedad e Ideología. Ensayos de historia y antropología andinas*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima, 1972.

Hace años que viene planteándose la necesidad de revisar las bases sobre las que se estructuró la historia peruana a partir del momento de la invasión europea. En 1970, un artículo de John V. Murra (1), publicado en español al mismo tiempo que se realizaba el Congreso de Americanistas de Lima, reclamaba una atención diferente de los historiadores sobre los comienzos de la dominación española en los Andes. Diferentes documentos publicados desde 1964 (como la *Visita* hecha a Chucuito por Garci Diez de San Miguel) venían planteando problemas y soluciones imprevistas a los estudiosos del siglo XVI peruano. Frente a este contexto de revisión y planteamientos, aparece ahora un nuevo libro del historiador francés Nathan Wachtel: *Sociedad e Ideología. Ensayos de historia y antropología andinas*, publicado por el Instituto de Estudios Peruanos, que inaugura así una nueva serie de historia andina, añadiéndola a su ya prestigiada colección.

La preocupación esencial de los nuevos estudios, como éste, es sin duda buscar no sólo nuevos hechos, sino los elementos conceptuales que hagan posible replantear los ya conocidos. Hablar de la visión de los ven-

(1) MURRA, John V: "Investigaciones y posibilidades de la Etnohistoria andina en la actualidad". *Revista del Museo Nacional*, Tomo XXXV, Lima, 1970.

cidos no es solamente ofrecer un relato de lo que aconteció realmente con ellos, sino buscar aquellos instrumentos que hagan posible plantear el acontecer *desde su lado*; ello supone manejar las categorías usadas por ellos para representar su mundo y dominarlo. Los datos “en sí” no existen en la información que el pasado nos ofrece, el historiador debe no sólo “buscarlos”, sino darles sentido, “inventarlos” diría en caso extremo a la luz de cada nueva hipótesis. La relación dialéctica entre la información, la hipótesis y la nueva información a que la hipótesis permite acceder, es en última instancia el motor del conocimiento científico.

Enarbolando la imagen de la visión del vencido y en su busca Wachtel encontró una versión justa de ella en la memoria tradicional andina que el folklore ha conservado. La “danza de la conquista” es una representación que da de sí mucho más que el documento común sobre la época, y el resultado de su análisis resultó sorprendente (ver la versión española publicada en *Folklore Americano* Nº 16, Lima, 1969-70: 230-260; que sería recogida después en su excelente libro *La visión des vaincus. Les indiens du Pérou devant la conquete espagnola*, Gallimard, París, 1971). La variedad de estas versiones en diferentes lugares de los Andes peruanos y bolivianos es sin duda grande, pero Wachtel señaló la primera aproximación al análisis de las mismas. En esta línea, y en la búsqueda de elementos conceptuales que permitan replantear la historia andina, el lector encontrará ahora en la tercera parte de este nuevo libro, el problema de la desestructuración social y económica de los Andes a raíz de la invasión europea, cuyas páginas originales constituyeron parte del capítulo segundo de *La vision des vaincus...* Utilizando la caudalosa información de las *Visitas* y una múltiple documentación de diversos archivos, Wachtel analiza aquí el tránsito de la economía andina tradicional a la colonial, no incluyendo esta versión el estudio de la economía andina prehispánica que apareció en la edición francesa, si bien oportunas anotaciones a lo largo del texto permiten una fácil comprensión del mismo. Los traumatismos que este cambio ocasionó en la población, aparecen como consencuencia de la destrucción de los resortes fundamentales en que se sustentaba la vida andina hasta el fin del Tawantinsuyu. Hace ver con nitidez Wachtel, cuáles fueron los mecanismos sustitutorios que ocuparon el lugar (al menos en parte) de los antiguos; recalcando la importancia del mantenimiento parcial de las instituciones andinas por los nuevos dominadores, indicando la forma como esa conservación permitió a su vez la dominación más productiva al mismo tiempo que el mantenimiento de ciertos resortes conceptuales cuya continuidad histórica es fundamental para comprender el pasado —y el presente— andinos. La imagen del “archipiélago vertical” propuesta por John V. Murra es aquí evidente. La asimilación de lo europeo por el hombre andino hasta un límite que le ha permitido mantener sus criterios de organización y su acceso a recursos no siempre valorados por los conquistadores de entonces y de siempre, hace necesario avanzar la investigación hacia la delimitación de esos umbrales de aculturación variada, que son a la vez síntomas de explotación y defensa.

El análisis de diversos casos andinos (Chucuito, Huánuco, Huaura y Yucay) permite comprender los elementos generales del proceso y ofrece sugerencias interesantes para continuar la investigación, básicamente hallables en la explotación de los materiales documentales referentes a zonas restringidas como las visitas a Huánuco y Chucuito estudiadas por Murra, y que han proporcionado una amplia renovación conceptual y factual para analizar el pasado andino. En el campo de los cambios sociales, Wachtel analiza el paso de la reciprocidad al despotismo, resultante de la implantación de modos de dominación extraños y relacionados con intereses económicos ajenos a los Andes, la introducción de la moneda y la búsqueda de metales y bienes agrarios europeos permite, casi diría exige, la dominación despótica para utilizar la fuerza de trabajo de los hombres conquistados.

En busca de los instrumentos para analizar el mundo andino, el autor ofreció en 1966 una presentación de la obra de R.T. Zuidema (*The Ceque system of Cuzco*, Leiden, 1964), en un ensayo que ocupa ahora las páginas iniciales de este libro. La lectura de Zuidema por Wachtel hizo posible obtener algunas herramientas necesarias para la mejor utilización de la obra del primero, quien buscó una explicación de las estructuras vigentes en el Cuzco del Tawantinsuyu. Zuidema intentó llevar adelante el método estructuralista, y Wachtel señala con agudeza los límites alcanzados y sus resultados, al mismo tiempo que analiza los esfuerzos en pos de un modelo general y abstracto.

La búsqueda de elementos conceptuales que permitan replantear la historia andina ha llevado a Wachtel a seguir las huellas de John V. Murra, cuyos estudios vienen estableciendo pautas novedosas y rutas sugerentes para entender lo andino, aún históricamente. Partiendo de una caracterización de la economía incaica como redistributiva, término acuñado por Polanyi, Wachtel analiza el desarrollo de las investigaciones de Murra a través de las soluciones que éste propone para comprender la economía andina. La reciprocidad simétrica, a nivel de los componentes del ayllu (ayuda mutua), se transformó en asimétrica cuando intervino la autoridad (que goza de una "red de alianzas más extensa"): el curaca o el Inca. La precisión de Murra de que la "riqueza" corresponde como patrón andino a la disponibilidad de mayor cantidad de energía humana, permite considerar que "se alcanza un primer umbral (¿en el seno del ayllu? ¿en la escala más amplia que es la mitad?) cuando el beneficiario de una ayuda numerosa, precisamente por ser demasiado numerosa, no devuelve a cada uno el equivalente del trabajo recibido, sino que ofrece al conjunto de prestatarios pagos de otra naturaleza: intercede ante los muertos (y el curaca en su calidad de anciano resulta la persona más cercana), redistribuye productos, cumple tareas de mando, etc. La reciprocidad repercute en la redistribución, pero como intercambio desigual" (p. 66). Al crecer el Tawantinsuyu la pregunta incide en la reciprocidad que reviste caracteres de regalo, cuando cronistas como Garcilaso de la Vega afirman que el curaca vencido era colmado de obsequios. Murra indicó a este respecto que la generosidad así institucionalizada permitía considerar al curaca como deudor.

Pero la expansión del estado obligó a éste a apoyarse en los viejos modos de producción andinos y comunitarios, legitimando su dominación mediante reciprocidad, “desde entonces —precisa Wachtel—, como lo hace notar Maurice Godelier, las relaciones de parentesco pierden su función dominante (...) y no cumplen sino una función ideológica, al disminuir bajo una representación, que es indirecta o falsa, las nuevas relaciones de explotación y en retorno permiten, mediante una violencia en cierta forma interiorizada, su reproducción y ampliación...” (pág. 69).

Las respuestas de Murra, analizadas por Wachtel, permiten aproximarnos a las modificaciones en las relaciones de reciprocidad, conforme apreciamos los cambios desde el ayllu a los señoríos étnicos y al Tawantinsuyu. Analizar la reciprocidad a nivel de la circulación y consumo de bienes no es suficiente sin embargo, debemos entender, con Murra y Wachtel, que se extiende también y en forma importante a las relaciones de producción, incluyendo el uso de energía humana para ello.

El último ensayo del libro nos lleva de la mano por un hermoso paralelismo entre Guamán Poma de Ayala y Garcilaso de la Vega, dos modelos de aculturación casi diametrales, el uno la sufre en los Andes, el otro en España y con resultados a nivel de su obra intelectual tan distantes y a la vez paradójicamente cercanos. Dos respuestas que ambos manejan en defirmación divergente, la concepción andina del mundo y del hombre, vistas por Guamán Poma en el lado andino que legitima el retorno a un orden primordial y precristiano, en Garcilaso en un proceso inverso de asimilación al Occidente y su categorización intelectual. Ambos defendieron lo andino y su naturaleza particular frente a la presión, la diferente manera cómo hicieron suya la realidad posterior a la conquista establece dos límites máximos de variación de la visión de los vencidos. Si Guamán Poma es el vencido que permanece en espera de la victoria final, Garcilaso encuentra su manera de superar la derrota mediante la asimilación y el providencialismo que utiliza para defender lo andino contra lo europeo. En ambos a la vez, es total el rechazo de la situación colonial, ambos fueron utópicos a su manera, y la utopía genera la acción.

El libro de Wachtel nos enfrenta de esta manera a problemas cruciales de la vida andina; significa sin duda un esfuerzo notorio por renovar planteamientos y rutas de tránsito para el historiador y el estudioso; permite acceder a materiales desconocidos hasta ahora y, sobre todo, comprender una vez más que los avances de la investigación requieren siempre al lado de las búsquedas intensivas de información, la elaboración conceptual en busca de la hipótesis que hace posible la ciencia.

Franklin Pease G. Y.

Revista **Historia y Cultura** 8 del Museo Nacional de Historia, se terminó de imprimir en noviembre de 1975, en la Editora ITALPERU, Av. La Marina 3274
La edición fue de mil ejemplares.